

NOTA CRÍTICA DE LIBRO

The Infidel and the Professor: David Hume, Adam Smith, and the Friendship that shaped Modern Thought

Dennis C. Rasmussen

Princeton University Press

2017

316 páginas

Por:

Guillermo Donnerstag

Prof. de Filosofía, Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina

Gonzalo Scivoletto

Prof. de Filosofía, Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina

Desde siempre ha llamado nuestra atención el género epistolar o alguna de sus variantes. Nos atrae poderosamente la posibilidad existencial de asomarnos a lo que se abre en el íntimo compartir de las afinidades electivas en su correspondencia. Ingresar al círculo sacrosanto de la privacidad intelectual, la posibilidad de experimentar el centro mismo de las relaciones interpersonales, el núcleo duro de la trama que los seres humanos urdimos en una intimidad compartida. El libro de Dennis Rasmussen que nos convoca nos abre ese mundo particular, doméstico, de la frondosa y exquisita amistad de dos de los más grandes pensadores de la historia de la filosofía y la cultura de occidente: David Hume y Adam Smith.

Pero ¿por qué podría ser tan interesante para nosotros, lectores, ingresar *hoy* a este tipo de texto? La obra de Rasmussen construye mundo, contexto, movimientos de la conciencia, deliberaciones privadas, expone prejuicios, miedos, preocupaciones cotidianas o menores; gestos del espíritu cuando se asoma a cuestiones grandes o pequeñas, reacciones, virtudes y defectos; lo dicho y lo no dicho, la prisa y la calma en las cuestiones y las ideas; los proyectos, los sueños, los éxitos y los fracasos: los movimientos del alma entera. Rasmussen juega con este material: mezcla, introduce, compagina, ambienta y distribuye el caudal de esta maravillosa trama para que disfrutemos del derrotero espiritual compartido en cartas de estos dos colosos del espíritu.

La introducción es jugosa, ya que nos pone a tono con el dónde: la Escocia del siglo XVIII. El espíritu de la época: el Iluminismo escocés, cuyo florecimiento cultural, operado por la aparición de las escuelas parroquiales; la fuerza indomable de las universidades de Glasgow, Aberdeen y Edimburgo; los clubs y las sociedades de debate, y la unión de Gran Bretaña en 1707 conforman el caldo de cultivo y el motor de un largo período no solo de estabilidad, sino también de florecimiento cultural, político y social.

En la introducción se nos recuerda, también, la presencia de una fuerza cultural y social, determinante tanto para la época como para el derrotero vital y espiritual de ambos pensadores, aunque el más expuesto fuera Hume: el papel de la religión. La Revolución Gloriosa había reinstalado el lugar de la Iglesia Presbiteriana en el centro de poder de la iglesia escocesa en 1690. Su carácter y sus prácticas tanto recalcitrantes como violentas fueron una continua fuente de conflictos y problemas. Dos facciones del clero, los Moderados y los Evangélicos, tendrán un papel relevante en la acogida de las obras de Hume y en su relación con las autoridades religiosas que tantos dolores de cabeza le traerían al autor durante su vida.

El Infiel y el Profesor, motes cuyo profundo sentido se despliega en los primeros capítulos de la obra, son amigos en este contexto: son amigos filósofos, amigos en el más alto sentido aristotélico de la amistad. Amistad siempre, y amistad, a diferencia de otros casos en la historia de la filosofía o la cultura, de “iguales”. Dentro de los valores compartidos en profundidad, destacan los ideales de la tradición liberal: el papel de la ley, el límite a la autoridad del Estado, la tolerancia religiosa, la libertad de expresión, la propiedad privada y el comercio.

En el capítulo uno se expone un minucioso retrato biográfico y genético tanto de la figura como de la obra de Hume: el *Infiel*. Comienza desde su entorno y su infancia, pintando rasgos de su personalidad, la dirección que paulatinamente van tomando sus intereses, hasta el momento que define el rumbo filosófico que tomará su vida. Hume asiste a la universidad a muy temprana edad y muy rápidamente se aburre: “Nada hay en las clases de estos profesores que no esté en los libros” (pág. 29), conclusión que lo lleva a estudiar privada e intensamente durante ocho años filosofía y literatura. En su adolescencia comenzó a sentir el aguijón de la duda religiosa, aguijón que lo acompañará toda su vida, hasta su lecho de muerte. En 1734 parte a Francia, el objetivo: sus reflexiones sobre la naturaleza humana, ¿el método? La experimentación y la observación ¿El contexto de inspiración?: el colegio de *La Flèche*, donde el espíritu de Descartes todavía deambula por los pasillos. Allí nacerá su *Tratado sobre la Naturaleza Humana* de 1739, texto que será fríamente recibido, pero que, con el tiempo, y como sabemos, se convertirá en una obra cumbre del espíritu humano en la interminable tarea de comprenderse a sí mismo. Tiene, por entonces, la espeluznante edad de 26 años...

El capítulo sigue consignando el derrotero intelectual de Hume, cuyos picos serán sus nuevas publicaciones de 1748 y 1749. Muy querido por sus colegas y muy incomprendido por su época, debido a la altísima exposición que lograron sus ideas y quizá, a la incapacidad de sus contemporáneos de pensar sin rótulos, sin encasillamientos. Nada de lo que expusiera podía conformar a todos: ni a *Tory*, ni a *Whigs* ni a cristianos ni siquiera a escoses. Los datos biográficos son jugosos y ayudan a comprender el tono espiritual y el espíritu de libertad de pensamiento de uno de los filósofos más grandes de habla inglesa.

El capítulo dos además de exponer los datos biográficos de Adam Smith, el *Profesor*, de reproducir impresiones, anécdotas y datos de sus estadías como estudiante en Glasgow y Oxford; incluye también sentimientos de su encuentro con las obras de Hume, su recepción crítica, etc. Comienza también a describir anécdotas sobre el encuentro o nacimiento de esta amistad, fechada aproximadamente hacia el otoño de 1749. Hume tenía 38 años, ya era famoso por sus escritos, por sus ideas y le precedía una reputación forjada en sus sólidos principios que ponían en cuestión la legitimidad y el valor de las creencias e ideas religiosas de la época. Por otro lado, Smith, con 26 años, en los inicios de su vida académica, sin ninguna publicación en su haber, con un temperamento más reservado, a veces aparentemente ausente y,

en palabras de Carlisle, con una conversación menos atrapante que Hume. Así, con personalidades tan diferentes, pero con fuertes puntos de contacto y afinidad, y a pesar de haberse cruzado en momentos disímiles de sus recorridos intelectuales, se hicieron amigos.

El capítulo tres, que recorre los años 1750 a 1754, releva el período de estadía y trabajo de Smith en la Universidad de Glasgow, lugar de inicio de su ascendente carrera. El epicentro: su labor docente en dicha universidad cuando pudo heredar la cátedra de Filosofía Moral como sucesor del Profesor Francis Hutcheson, por lo que se hizo cargo de la, quizás, más prestigiosa posición académica de toda Escocia. Durante esos cursos fue naciendo, ordenándose y dando forma al material que daría contenido a su obra *Teoría de los sentimientos morales*. Smith era un profesor extremadamente popular y reconocido, con todo lo que, para nosotros, profesores, significa. En su labor docente, frente a sus estudiantes se encendían todas sus habilidades, sus virtudes y carisma. Hacia el final de sus días, recordaría esos años como “...con mucho, el período más útil y, por tanto, el más feliz y honorable de mi vida” (pág. 71).

Hacia 1752, Smith está instalado en Glasgow, mientras que Hume está en Edimburgo. Durante los siguientes doce años, esa será la distancia física que los separe, y que causará un intenso intercambio epistolar. Rasmussen expone con detalle el itinerario intelectual de los amigos durante estos años y los significativos impactos que tienen cada uno de sus movimientos en la escena del pensamiento local y regional. Recordemos que, en 1754, Hume comienza las publicaciones de la inmensa *Historia de Inglaterra*, una obra monumental que lo coloca en la vidriera de toda la isla británica.

El capítulo cuatro se ocupa del impacto de un hecho decisivo en la vida intelectual de Hume: la publicación de su gran obra, *Historia de Inglaterra*, que comenzó en 1754 y se extendió hasta 1756. Sus ideas, análisis, juicios de valor y conclusiones causaron un gran estremecimiento en la vida intelectual de la Escocia y la Inglaterra de su época. Al respecto, señala Rasmussen: “Hume creía que la primera cualidad de la Historia debía ser la verdad y la imparcialidad, y luego ser interesante” (pág. 95). Como era de esperar, la obra causó disgusto en todos los actores políticos, sociales, culturales y religiosos que en mayor o menor medida se veían retratados en los capítulos de semejante obra. Era imposible conformarlos a todos, y nada más alejado del espíritu de Hume al escribirla. Los más vulnerados: el origen divino del poder y el fanatismo religioso, he ahí sus futuros dolores de cabeza. Fue difícil estar al lado de Hume en esos días y las cartas de Smith eran una gran compañía. Durante la Asamblea General de la Iglesia de Escocia de 1755 se trató de excomulgarlo y declararlo anatema o hereje. Hume veía este movimiento como un esfuerzo por echarlo de un club al que no quería pertenecer.

El capítulo cinco nos acerca al recorrido espiritual de Adam Smith por el que alumbró sus dos obras fundamentales: *La Teoría de los Sentimientos Morales* y *La Riqueza de las Naciones*, escritas a los 35 y 52 años, respectivamente. Hume fue un pen-

sador extremadamente prolífico, un escritor incansable. Smith, en cambio, señala Rasmussen, decía de sí mismo: “Soy un trabajador lento, extremadamente lento, que hace y deshace todo y escribe media docena de veces antes de que pueda estar tolerablemente satisfecho con eso” (pág. 114). *La teoría de los sentimientos morales* es el intento de responder a la pregunta acerca de los principios de la Moralidad. Rasmussen recorre las inspiraciones posibles, las intenciones, los intercambios, las influencias, los enfoques y las ideas de esta obra fundamental, que será la base sobre la que se construirá *La Riqueza de las Naciones* en sus aspectos arquitectónicos, fundantes. Rasmussen recorre la estructura y el contenido de la obra de Smith, arma el contrapunto con Hume, nos invita nuevamente a volver a las fuentes, a releer con espíritu atento y devoto, a volver a poner en conversación esos principios y esas ideas que formaron y forman parte de nuestra mirada sobre las realidades humanas, éticas, sociales y económicas tal como el *Infiel* y el *Profesor* se leían mutuamente.

En el capítulo siete, Rasmussen se ocupa de la célebre pelea entre Hume y Jean-Jaques Rousseau (1712-1778). Si bien es un capítulo más bien centrado en la anécdota “de color”, como se suele decir, no deja de ser instructiva en cuanto a los diversos elementos que rodean el evento. Se contrastan las características físicas de ambos autores, como la robustez de Hume y la pequeñez de Rousseau, así como las —más interesantes— perspectivas sobre el destino de las sociedades modernas. Mientras que Hume era un defensor de la sociedad moderna liberal, y creía tanto en la civilización como en el progreso de la humanidad; Rousseau, como se sabe, tenía una visión muy crítica: pensaba que la sociedad corrompe al hombre, y que la salida era si no el “retorno” a la naturaleza sí tenerla como una referencia e ideal. Además, Hume era moderado y pragmático, mientras que Rousseau era un radical, no solo en sus ideas, sino también en su temperamento. Ambos son ilustrados y, a la vez, críticos de la Ilustración; aunque esa peculiar autocritica de la razón, si bien está indicada, no está trabajada en profundidad.

El capítulo ocho recorre los últimos años de Hume, sobre todo desde su regreso a Edimburgo en 1769. Rasmussen relata algunos detalles de esos años, como la mudanza de Hume, la visita de Benjamin Franklin y el —extraordinario— rechazo a la presión editorial para ampliar su famosa *Historia de Inglaterra*, porque estaba “demasiado viejo, demasiado gordo, demasiado vago y demasiado rico”. A pesar de ello, Hume no permaneció ocioso, sino que continuó con sus preocupaciones filosóficas, y se dedicó especialmente a colaborar con *La riqueza de las naciones* de Smith.

Los capítulos nueve y diez son centrales, sobre todo para quienes tienen interés en esa obra fundacional del pensamiento económico y político moderno que es *La riqueza de las naciones*, así como también los *Diálogos sobre la religión natural* de Hume (publicado de manera anónima y póstuma en 1779). Ambos capítulos tienen como marco histórico el año 1776, año en que muere David Hume. Una de las mayores contribuciones de Rasmussen al gran público consiste en equilibrar el impacto

extraordinario de *La riqueza de las naciones*. Paradójicamente, la fama de esta obra ha alcanzado tal volumen que, muchas veces, se pierde de vista su entramado filosófico-moral, sus antecedentes económicos —incluido el del propio Hume— y su relación histórica con la Ilustración escocesa: abstraída de tales constelaciones, *La riqueza de las naciones* queda circunscripta solo a un peldaño en la escalera de la historia económica —lo que supone una perspectiva acumulativa y progresiva—. En el capítulo nueve, Rasmussen argumenta a favor de la influencia de Hume en el pensamiento económico de Adam Smith, a partir de un análisis minucioso de algunos pasajes, a la luz de los *Discursos políticos* o la *Historia de Inglaterra* de Hume. Entre otras cuestiones, se muestra claramente cómo Hume es una fuente central para dos ideas claves: la libertad de comercio —y consecuentemente, la afirmación de que el comercio redundaba en beneficios para las partes y no es un juego de suma cero—, y que la fuente de la prosperidad se encuentra en la división del trabajo. De acuerdo con Rasmussen:

...ni Hume ni Smith fueron unos absolutistas del libre mercado: ambos reconocieron la necesidad de la acción de gobierno a favor de la defensa nacional, la administración de justicia, la provisión de algunas obras públicas, como mínimo. Ciertamente, ambos enfatizaron la necesidad de que el gobierno sea lo suficientemente fuerte como para asegurar el orden y reglas de juego justas: la ausencia de tal gobierno era lo que había hecho a la época feudal un espectáculo tan triste. Ahora, Hume y Smith insistieron en que cuando los políticos intervienen en la economía con el fin de promover la prosperidad nacional sus acciones son fútiles o totalmente contraproductivas (pág. 219).

Sin embargo, no todas son coincidencias entre Smith y Hume, de hecho, parte del entramado moral refiere a la sensibilidad de Smith respecto de los costos de la sociedad comercial, como, por ejemplo, el embrutecimiento del trabajador por la división del trabajo y la repetición mecánica de las tareas, las desigualdades sociales, así como también el sentimiento de admiración hacia los ricos y de desprecio o condescendencia para con los pobres. Además, Rasmussen analiza dos cuestiones más que son notables en *La riqueza de las naciones*: la relación Estado-Iglesia y la dimensión colonial de la economía a través del conflicto de Gran Bretaña con sus colonias en América. Los capítulos diez y once nos devuelven, una vez más, a la dimensión humana, a la relación de amistad entre Hume y Smith. En el capítulo diez se aborda la muy discutida actitud de Smith respecto del legado de David Hume acerca de la religión natural. A lo largo del capítulo once, se analizarán con detenimiento las circunstancias que rodearon la muerte de David Hume, los últimos intercambios con Smith y las vicisitudes del texto autobiográfico que legó Hume antes de morir: *Mi vida (My Own Life)*.

El último capítulo aborda la época inmediata a la muerte de David Hume y, en especial, la carta abierta que escribió Smith al editor William Strahan sobre los últimos meses de la enfermedad de Hume. Por último, el epílogo de la obra recorre los últimos años de Adam Smith en Edimburgo —ciudad a la que Hume había tratado de persuadirle para que se mudara durante años—, hasta su muerte en 1790. En esta etapa, Adam Smith se ocupa de nuevas temáticas, pero sus principales aportes radican en la revisión de sus grandes obras, *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones*. Rasmussen realiza una descripción de los cambios introducidos, sobre todo en la primera, a partir de la posible influencia de Hume.

Finalmente, en el Apéndice se reproducen los textos mencionados anteriormente: el breve texto autobiográfico de Hume y la carta de Smith a William Strahan. Ambas, dicho sea de paso, exquisitas piezas literarias de los más grandes filósofos de la Ilustración escocesa.

El trabajo de Rasmussen es una interesantísima pintura del siglo XVIII a través del intercambio de dos amigos filósofos aunque por momentos abunda en detalles y anécdotas que, para el lector un poco ansioso y más interesado en los problemas mismos, tal vez pueda resultar un poco tedioso. Sin embargo, el objetivo de mostrar cómo se configura una obra a partir de la influencia mutua de la amistad en el pensamiento está cumplido sobradamente. Se trata de un libro, como el propio autor reconoce, escrito para el público general, no para especialistas. Es un libro de historia de las ideas y, también, un ensayo sobre la amistad.